

tas que vinieron en pos de ellos, las agresiones comunistas, han privado a la humanidad poco a poco de pequeñas y apreciables libertades. Luégo este vasto crimen colectivo llamado la guerra de las naciones, desenvuelto, como una tragedia china, en dos actos dilatados como una generación, amenaza con arrebatarnos, si la pugna tenaz no amaina, todavía muchas más libertades. Ya son una irrisión la libertad de comercio, la de industria, la de locomoción, y en medios mucho más avanzados que el nuestro se les señala a las gentes y no por motivos higiénicos, la cantidad y las materias que deben usar diariamente para mantener juntos el alma y el cuerpo, dando por sentado que aquélla todavía exista.

Importa conspicuamente añadir que aunque se habló al principio de estas insinuaciones de grupos de naciones, la división no es absolutamente precisa, porque dentro de cada nación los grupos colectivistas y los mantenedores de la teoría contraria están enfrentados y en competencia permanente. Esta circunstancia sirva acaso de freno para los gobiernos a quienes puede deberse el choque máximo; pero a un mismo tiempo los grupos a lversos a cada forma de estado pueden hacer llegar los sentimientos políticos a la temperatura de la llama.

En esta situación tan incierta, los hombres de sensibilidad social dejan pasar inadvertido un gran peligro para la libertad y las libertades. Conviene insistir en esto porque histórica y humanamente el valor de las civilizaciones se mide por la libertad de que los hombres gozaron en su vigencia. El peligro es fácilmente observable. Mien-

tras los dos grupos enfrentados uno a otro de que se ha hecho mérito ignoran, o pretenden ignorar, la existencia de todo otro adversario, los verdaderos y constantes enemigos de la libertad; los hombres que en todo tiempo la han considerado como el peor de los virus de las sociedades humanas; los políticos impenitentes para quienes se inventó la frase atribuida a Louis Veuillot: «pedimos la libertad para usarla contra vosotros que la concedéis y para destruirla cuando hayamos conquistado el poder»; esos continuos socavadores de la conciencia ajena trabajan hoy, indiferentes al estudio y análisis de las grandes cuestiones éticas de la humanidad, por adueñarse de los estados para suprimir la libertad. Son los mismos que crearon a su tiempo el fascismo, que divinizaron el histrionismo de un corista de zarzuela y el discurso deshilvanado de un ilustrador de tarjetas postales para usarlos en el exterminio de los derechos y libertades del hombre. Estas gentes se reúnen y se mueven sigilosamente al norte, al sur, en el ecuador, en muchos pedañes del orden social. Ni el comunismo, ni el capitalismo, ni Marx ni sus críticos, mueven su intelecto. En la presencia de los dos grupos que se disputan el gobierno del mundo, ellos sonrían inteligentemente y se organizan. Esperan el conflicto para explotarlo. Su poder crece por instantes y de cuando en cuando se oye su voz como un latido lejano. Los dos grupos oyen el grito canino, ponen atento el oído y se preguntan como en la fábula de Iriarte: «¿Son podencos, son galgos»? Son lo uno y lo otro.

B. SANÍN CANO

NUESTRA AMERICA

(En el *Rep. Amer.*)

MEXICANIDAD

¿Cuál fué el género próximo y la diferencia última que definieron el primer perfil del hombre de México ante el occidental? Quizá fué Góngora quien hizo una de las primeras síntesis: «Los de plumas vestidos mexicanos». Por ese tiempo don Miguel de Cervantes pudo distinguir la cortesía mexicana. Pero aparecieron las minas y el mexicano fué el indiano, el español que—el primero de ellos fué Cortés—regresó a la Península para hacer lujo de ostentación, pero no quiso quedarse en ella, porque la Nueva España, el Nuevo Mundo, le había cogido entre sus garras. Datan de entonces las frases célebres: «Vale un Perú», «Vale un Potosí». Cruzar el mar y darse de bruces con los tesoros a flor de tierra, era una codiciosa aventura. Más tarde surgió el criollo con su rica personalidad, desenfado y alegre, sintiéndose el verdadero mexicano. Y con la independencia, criollos y *gachupines* fueron los dos extremos de un mundo en conmoción que a la postre concluiría por reivindicar las herencias de la sangre precolombina y la sangre peninsular. Pero ¿qué es, por fin, lo mexicano?

PESQUISAS

Para iniciar esta investigación sobre lo mexicano hay que ahondar en la lectura de los poetas, en la contemplación de la obra plástica y hasta en las páginas de los escritores resentidos, comenzando en don Lorenzo de Zavala, siguiendo en Bulnes. Es curiosa coincidencia que en estos días Andrés Iduarte haya dado su interpretación de «lo mexicano» ante un auditorio intelectual de La Habana y que al mismo tiempo Jorge Carrión—uno de los miembros de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas, recién fundada aquí—insista en seguir haciendo investigaciones sobre esa caracteriología. Una de estas noches Alberto Escalona Ramos ha disertado sobre la psicología y el paisaje mexicano, en uno de los centros de estudio de la metrópoli, asegurándonos que México es la verdadera Hispanoamérica, quizá dejándose llevar por uno de esos peligrosos entusiasmos que para el hombre de estudio se interponen como espejismos,

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres:
B. F. STEVENS & BROWN LTD.
New Ru-kin House,
28-30, Little Rusell Street, W. C. 1,
London, England

AMERICANIDAD

Habría que trazar algunos límites para precisar qué es esto de la americanidad. La aparición del interesantísimo libro *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo* por Antonello Gerbi (Lima, 1946) nos pone sobre muchas pistas que van desde los estudios de Buffon, de Pauw y de Clavijero hasta Francisco José de Caldas, José Cecilio del Valle, Humboldt, Antonio de Ulloa y Fray Servando Teresa de Mier. El tema abarca dimensiones insospechadas, y naturalmente, habrá que comenzar en la mitología de Colón, que es el primer poeta del Nuevo Mundo, en Las Casas, en Sahagún, Acosta, Cobo, Garcilaso el Inca—todos los descubridores, los humanistas, los primeros americanistas—y en seguida hacer una revaloración de lo que ha sido la americanidad en el pensamiento de Miranda, Bolívar, Bello, Fernández de Lizardi, Martí, Darío, Ricardo Palma, González Prada, José Carlos Mariátegui. La enumeración podría continuar, porque los elementos de juicio de que se dispone para esta exégesis son de primerísima importancia. Leopoldo Zea acaba de iniciar un vasto recorrido a través de los pensadores para contestarse si hay una filosofía americana.

UNIVERSALIDAD

Los fundadores de la americanidad siempre tuvieron la mente puesta dentro de las preocupaciones particulares de cada país. Les interesaban los problemas locales, pero buscaban soluciones en el ámbito del pensamiento universal, especialmente del europeo. Por eso es que muchas de sus utopías están enraizadas en la obra de los mejores cerebros que dió Europa a fines del siglo XVIII y en los inicios del XIX: Rousseau, Voltaire, Adán Smith, Jeremías Bentham, Humboldt. Con esas esencias—que nunca pensaron fuesen exóticas porque ya estaban seguros de que todo lo que al hombre universal preocupa era también su preocupación—fueron elaborando sistemas de ideas políticas y económicas y echaron las bases de la sociología americana que daría su primera inquietud formal en la novela *Facundo* de Sarmiento y poco después en las meditaciones de Juan Bautista Alberdi. A pesar de las distancias, nuestros fundadores acudían a los libros de los economistas, los filósofos y los estadistas más distinguidos de Europa para recibir en ellos las inspiraciones saludables. La historia de las ideas tiene que reconocerlo así, desechando los prejuicios que entorpecen la convivencia humana, sin dejar por ello de preservar las diferencias. Por eso es que tenemos que seguir acudiendo a los preclaros orígenes del mundo grecorromano que aporta magníficos contingentes de inquietud y de originalidad al nuevo pensamiento de América.

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, D. F., agosto de 1946.